

UN LIBRO DE DESCUBRIMIENTO DE AB

MADELINE WOOD

*El tictac
del reloj.*

Capítulo uno

El tictac del reloj sobre la repisa se oía con claridad. El único otro sonido que oía en la habitación era el latido de su propio corazón, más rápido y fuerte de lo normal. La hora señalada se acercaba, pero no lo suficientemente rápido, o demasiado rápido, según cómo pensara en ese momento. Estaba aterrorizada y expectante a la vez, y era desconcertante.

¡Hace tanto tiempo que no hago esto! ¿Para qué demonios lo hago?

Alison respiró hondo, se calmó y se removió ligeramente en el sofá. Tomó el chupete de adulto y se lo metió en la boca. Al instante, se sintió más tranquila, aunque un poco avergonzada.

—Todo estará bien. Sabes que sí —dijo en voz alta, intentando convencerse—. Te lo mereces. Ya ha pasado suficiente tiempo.

Ella permaneció poco convencida.

Faltaban todavía veinte minutos para las tres de la tarde, la hora señalada.

La divorciada de cincuenta y tres años se levantó nerviosa y caminó de nuevo hacia el dormitorio para confirmar que lucía presentable. El espejo de cuerpo entero no mentía. Nunca lo hacía. Era de mediana edad, ya había pasado su mejor momento, cargaba peso donde menos lo necesitaba y sentía el paso de los años: años duros de angustia sin amor que habían dejado marcas que ni el maquillaje ni un traje nuevo y caro podían ocultar por completo. Se alisó las arrugas del vestido, sonriendo brevemente ante la inutilidad del ejercicio. En media hora, se quitaría el vestido recién comprado, junto con su ropa interior nueva e inusualmente sexy... esperaba.

Pasó lentamente junto a la «otra habitación», asegurándose de que la puerta estuviera cerrada. No quería que él viera esa habitación: su cuarto de bebé. No un cuarto de bebé para los hijos que nunca dio a luz, sino para el bebé que aún conservaba. Una cuna, un cambiador, montones de pañales y calzoncillos de plástico, y más juguetes de los que cualquier niño podría desear. Era su secreto: su terrible, maravilloso y vergonzoso secreto.

"Estás bien", se tranquilizó, antes de volver al sofá para reanudar la espera. "¡Seguro que ha visto cosas peores!"

Por unos instantes, su mente se remontó a la semana anterior, cuando se había permitido de nuevo el placer culpable de mirar hombres en internet. No a cualquiera, sino a los guapos, atléticos y fornidos, esos que nunca la miraban ni lo hacían. Jóvenes, veinte años más jóvenes que ella. Los vio desnudos y los examinó antes de posar la vista en el objeto de su deseo: el pene.

Habían pasado seis años desde la última vez que había tenido relaciones sexuales, y veinte años desde la última vez que había *hecho Amor*. Tres minutos de una desagradable confusión unilateral habían sido toda su experiencia sexual durante dos décadas, un período tan largo y tan carente de alegría que había reprimido sus necesidades e impulsos hasta el punto de que una monja célibe era un ser más sexual que ella. Y el bebé dentro de ella clamaba por amor y atención, pero no recibía nada a cambio.

Al final, tras semanas de indecisión, Alison llamó al número que había estado a punto de marcar tantas veces. Reservó un acompañante masculino y, en cuanto lo hizo, vomitó y lloró en la cama durante una hora. Pero no canceló. Había una necesidad imperiosa en esta decisión que trascendió sus miedos y su estancamiento moral, y superó la aparente sórdida naturaleza de la transacción.

«Quiero ser deseada», pensó. «¡Quiero sentir que un hombre de verdad me toca!».

—¡Ay, qué demonios! —dijo en voz alta al desinteresado reloj de la repisa—. ¡Solo quiero que me jodan!

El ensueño de Alison se interrumpió con el sonido de la puerta de un coche abriéndose y cerrándose. Era una calle tranquila, y eran casi exactamente las tres. Sabía quién era, quién *tenía* que ser.

Sonó el timbre.

—¡Dios mío! —balbució—. ¡Está aquí!

Alison no tenía ni idea de cómo luciría el hombre que habían enviado para "entretenerla". El sitio web prometía mucho, pero la vida la había marcado lo suficiente como para saber que no conseguiría las maravillosas creaciones que adornaban su sitio web. Mientras no fuera gordo y supiera cómo tratar a una mujer, sería feliz. Sus expectativas eran bajas. La vida le había enseñado a mantenerlas así. Lo único que se había acercado a su vagina en años eran sus pañales.

Calmando sus miedos y su excitación, abrió la puerta.

"Hola, Alison."

La voz llegó a través de la puerta de seguridad aún cerrada. «Creo que me están esperando. Me llamo Alex...»

Alex no podía ver nada a través de la puerta, pero Alison veía perfectamente. Era mucho más joven de lo que esperaba y se quedó desconcertado por un momento.

"Pase", dijo nerviosamente mientras abría la puerta de seguridad.

—Estás guapísima hoy, Alison —dijo con amabilidad—. Son para ti.

Alex sacó un pequeño ramo de rosas rojas que había estado escondido detrás de él.

“¿Tienes algo donde pueda colocarlos?”

Alison fue a la cocina seguida de cerca por Alex y encontró un jarrón anodino. Mientras colocaba las rosas una a una en el jarrón, sintió que él se acercaba por detrás y se inclinaba hacia ella.

¡Huele tan bien!

La abrazó, y ella tembló tanto que dejó caer una rosa en el banco. Él la giró para que quedaran uno frente al otro, recogió con destreza la rosa caída y la colocó en el jarrón.

Ella era masilla en sus manos.

Alex había estado allí sólo tres minutos.

—Creo que es hora de ir al dormitorio, mi amor —le dijo en voz baja al oído, como si hubiera alguien más alrededor para escucharlo.

Él era de estatura media, quizá sólo cuatro o cinco pulgadas más alto que ella.

Tomándola de la mano, la condujo con cuidado fuera de la cocina y por el pasillo. Sabía dónde estaba el dormitorio. Siempre lo había sabido. Había estado en cientos de dormitorios así. Miró brevemente la puerta cerrada del «otro dormitorio» y se preguntó...

—Dejemos la puerta abierta, ¿de acuerdo? —dijo con una promesa que se reflejaba en cada palabra—. No tenemos nada que ocultar, y eres una mujer muy hermosa.

Los temores de Alison simplemente se evaporaron cuando vio al atractivo joven caminar hacia ella y hacerle un gesto para que se sentara en la cama.

Lenta y deliberadamente, Alex tomó cada pie, desató las correas de sus zapatos y se los quitó.

—Ahora el vestido —ordenó hipnóticamente.

El tictac del reloj

Alison se levantó y su futuro amante le bajó la cremallera del vestido recién estrenado y lo tiró con cuidado al suelo. Esbozó una sonrisa involuntaria al sentir cómo lo subía por sus anchas caderas. Era imposible que se le cayera la ropa .

¡Él sabe lo que hace!

Y de repente se sintió cómoda, parada frente a un hombre veinticinco años menor que ella, vestido únicamente con su sujetador y sus bragas.

Braguitas... ¿Cuánto tiempo hace que no uso solo braguitas? Llevo tanto tiempo en pañales...

Sin decir palabra, Alex se giró e invitó a Alison a quitarse la chaqueta. Ella lo hizo y luego, lentamente, con manos temblorosas , le desabrochó la camisa.

Tomó las manos de Alison y la atrajo hacia sí, casi desnuda. Lenta y deliberadamente, inclinó la cabeza y se acercó a ella. Cerró los ojos. Abrió ligeramente la boca al rozar sus labios con los suyos. Por unos instantes, sus labios se acariciaron y entonces sintió su lengua deslizándose seductoramente dentro de su boca.

Su resistencia se desvaneció y apenas se dio cuenta de las manos expertas de él desabrochando su sujetador y tirándolo al suelo. El tiempo se detuvo cuando Alex apartó la colcha de la cama y la acomodó suavemente sobre ella. En un instante, se quitó los vaqueros y los zapatos de diseñador, y él estaba de pie junto a ella, vestido solo con su ropa interior, igual que ella.

Sintiéndose como la adolescente mareada que una vez había mirado con anticipación la primera polla que había visto, esperó sin aliento a que él le revelara todo.

Pero todavía no.

Alex se deslizó en la cama junto a ella y casi inmediatamente comenzó a deslizar sus manos por todo su cuerpo.

Empezando por sus pies, los masajeó suavemente, subiendo lentamente las manos por sus piernas recién depiladas. Subieron lentamente hasta que sus manos estuvieron a solo unos instantes de sus bragas.

Y luego se detuvo.

Alison sintió una ráfaga. Era la ráfaga que no había sentido en... mucho tiempo. También sintió un escalofrío de excitación en su coño, otra sensación que la había abandonado hacía mucho tiempo.

Sus manos ahuecaron sus pechos y los admiraron.

“Tienes unos pechos preciosos, Alison”, dijo con palabras llenas de promesa y deseo.

Su boca se aferró a su pezón y Alison se desmayó. Sus labios sobre sus pechos eran mágicos para ella. Se preguntó brevemente si esto sería como amamantar con una boca que buscaba engullirla. Él se movió hacia su otro pecho y el patrón se repitió una vez más.

Ella gimió de placer. Había pasado muchísimo tiempo y la espera estaba a punto de terminar.

El tiempo ya no importaba. Alison se sumía en un deseo inesperado. Quería entregarse a él total y completamente.

Él era tan joven. Ella era mucho mayor.

No importaba.

La besó en el estómago, bajando cada vez más hasta que sus labios alcanzaron la parte superior de sus bragas.

Sus ojos se clavaron en los de ella. Ella sabía qué hacer.

Ella levantó ligeramente las caderas. Él agarró los lados de sus bragas y las bajó.

Ella estaba desnuda.

Incluso con su inútil ex marido, rara vez había estado desnuda.

Ella era tan vulnerable.

Nunca fue vulnerable. Durante mucho tiempo había practicado mantener la intimidad a una distancia segura. Era su estilo. Sus pañales eran más que una simple protección. Mantenían al mundo a raya. Mantenían a los demás alejados mientras abrazaban a la niña que ella sabía que era.

Pero ahora ella no era vulnerable.

Sus ojos se posaron en su entrepierna y, siguiendo la señal, Alex rápidamente se quitó la ropa interior.

Los ojos de Alison se abrieron de par en par al ver lo que colgaba ante ella. Aún no completamente erecto, su pene ya era más largo y grande que la patética herramienta que se había clavado superficialmente en su coño durante tantos años desperdiciados.

Sintió miedo, miedo de no poder soportarlo todo. Pero al cerrar los ojos, el miedo se evaporó, solo para ser reemplazado por un hormigueo eléctrico que le recorrió el cuerpo.

Salía de su coño.

Alex tenía la cabeza entre sus piernas, soplando suavemente sobre sus labios expuestos. Y luego le hizo sexo oral.

Por primera vez, Alison gritó de auténtico placer sexual. Toda una vida de sexo atroz se desvaneció cuando la hábil lengua rodeó su clítoris hasta posarse justo en su centro de placer.

Mucho después, cuando él ya no estaba, ella recordaría esos primeros momentos en que su lengua y su boca se aferraban a ella. Podía sentirlo encontrando su lugar, descubriendo la posición para el máximo placer y, una vez encontrada, se abalanzó sobre ella con un frenesí de lujuria y anhelo.

Mientras empezó a agitarse, sintió un dedo entrar en su coño.

Estaba mojada. Muy mojada. Rara vez estaba mojada.

Un segundo dedo entró en ella y la boca seguía realizando su magia.

Y mientras el placer crecía, se detuvo de repente. Abrió los ojos y lo miró arrodillado entre sus piernas. Luego bajó la mirada.

Ocho gloriosas pulgadas de polla completamente erecta y dura como una roca la miraban fijamente.

Estaba enojado. Necesitaba algo. Quería satisfacción. La *necesitaba* .

Alex miró brevemente el paquete de condones que estaba en el armario junto a la cama.

—No —susurró Alison—. Por favor, no.

Una enorme sonrisa estalló en el rostro del joven mientras colocaba la punta de su polla y la apoyaba en la entrada del cuerpo que esperaba de Alison.

Lentamente, centímetro a centímetro, Alex introdujo su polla en el eje expectante de la vagina de Alison, mirándola fijamente a los ojos todo el tiempo.

Ella sintió que su longitud golpeaba el final de su vagina al mismo tiempo que sus bolas tocaban el suelo.

Era hora de hacer el amor.

Alison lo agarró fuerte y le susurró al oído: "¡Fóllame! ¡Quiero que me folles tan fuerte como puedas!"

Alex se retiró hasta que su pene casi salió de ella antes de sumergirse de nuevo. Empujó cada vez más rápido, entrando y saliendo .

Sintiendo que se acercaba al clímax, disminuyó la velocidad, posponiendo lo inevitable hasta que Alison tuviera el orgasmo primero.

Mientras Alex la follaba, a veces rápido, a veces lento, sus manos se deslizaron hacia abajo y tocaron la carne sobreexcitada de su clítoris. Cada roce era eléctrico. Su cuerpo estallaba en un placer que no conocía.

La cogió duro. La cogió despacio. Y luego se retiró.

Su decepción fue sólo temporal cuando su cabeza se acomodó entre sus piernas y su lengua comenzó a hacer su magia en su clítoris.

Solo pasaron unos minutos antes de que el clímax que se había negado a sí misma durante tanto tiempo creciera y la azotara como una ola. Su cuerpo se retorció y ella gritaba de placer.

¡Haz que me corra! ¡Haz que me corra! —gritó—. ¡Fóllame! ¡Fóllame otra vez!

Cuando su orgasmo comenzó a disminuir, Alex la montó una vez más, esta vez con urgencia y necesidad desesperada de encontrar su propia realización dentro de ella.

—¡Cógeme, Alex! —gritó, con lágrimas de verdad corriendo por su rostro—. ¡Córrete dentro de mí, por favor! ¡Por favor!

Él se estremeció. Ella sabía lo que significaba.

Se imaginó que podía sentir el semen brotando de su polla y cubriendo el interior de su coño.

Ella podía sentir su orgasmo.

Él permaneció inmóvil sobre ella, apoyando la mayor parte de su peso en los codos. Luego la besó profunda, apasionadamente y con profundo deseo.

“Eso fue simplemente maravilloso, Alison”.

Su frente estaba cubierta de sudor mientras permanecía incrustado profundamente dentro de ella, aparentemente reacio a retirarse.

Alison estaba en un territorio extraño con un pene postorgásmico todavía anidado dentro de ella y su dueño permaneciendo allí, hablando con...

Su.

Los hombres normalmente la ignoraban. Los jóvenes buscaban mujeres jóvenes. Los hombres solteros mayores solían estar solteros por razones obvias y desagradables. Y aun así...

Él estaba hablando con ella.

La hora ya había pasado. Solo había pagado por una hora y, sin embargo, allí estaba, desnuda y saciada en la cama con un hombre que se interesaba genuinamente por ella, conversando, tocándola, comunicándose, y aún con los restos desinflados de una polla antaño excitada aún aferrada a ella.

Eres una mujer extraordinaria, ¿lo sabías?

Alison simplemente se sonrojó tímidamente.

—¡Vino! —gritó cuando su pene finalmente emergió de ella—. ¡Necesitamos vino para celebrar!

"Tengo... eh... algo en la nevera", balbuceó Alison. No estaba preparada para que se quedara. Esperaba que se vistiera y se fuera tres minutos después de su llegada.

¡Vuelve pronto! ¡No te me pierdas!

Unos minutos después, Alex regresó sosteniendo dos copas de vino blanco.

"¿Qué estamos celebrando?" preguntó Alison, genuinamente sorprendida.

"¡Gran sexo, gran compañía y la promesa de mucho más!"

Chocaron sus copas y, totalmente desnudos, disfrutaron de un vino normal pero de una conversación de primera.

Eran casi las cinco.

Alex no hizo ningún esfuerzo por irse ni por vestirse. Alison no se atrevió a moverse por si el momento se desvanecía. Siguieron hablando como si fueran viejos amigos hasta que él se incorporó de repente.

“Lo que es bueno una vez, es genial dos veces”.

Como si fuera una señal, Alison miró hacia abajo y vio su polla una vez más hinchada y lista para la acción.

No se dijo otra palabra durante los siguientes veinte minutos mientras Alex se empujaba dentro de ella y juntos hicieron el amor por segunda vez.

Fue diferente a la primera vez. Fue más lento, más personal. Ya no era nuevo, sino la sensación de volver a casa. Una repetición de lo maravilloso.

Estaba exquisito. Simplemente delicioso.

Finalmente, terminó, y Alex se levantó para irse. Alison permaneció en la cama, desnuda y tendida, saciada y radiante.

—Desearía que no tuvieras que irte —susurró con voz ronca.

—Lo sé, mi amor —respondió él, sentándose en el borde de la cama—. Pero hay una cosa que quiero preguntarte.

"¿Sí?"

Alex pasó su dedo sobre una tenue franja de piel rojiza justo debajo de su cintura.

Alison tragó saliva.

Luego pasó el dedo sobre las dos bandas iguales en la parte superior de sus piernas.

¡Él sabe!

“¿Puedes decirme de qué son?” preguntó.

Alison se quedó en silencio por unos momentos tratando de evitar una admisión vergonzosa.

"Ellos son..."

Alex le puso un dedo en los labios y ella dejó de hablar.

“De pantalones de plástico”, dijo, completando su respuesta.

Alison simplemente asintió.

“¡No tienes que ocultarme *nada* , querida!”

“¿No?”, balbuceó Alison.

—¡Claro que no! —respondió con una amplia sonrisa—. ¡Sé que usas pañales y que no duermes en esta habitación!

"¿Sabes?"

Querida, desde el momento en que entré en esta habitación me di cuenta de que no dormías aquí. Y cuando vi las marcas de tus pantalones de plástico, me fue fácil entender por qué.

Alison empezó a llorar. Su maravillosa, emocionante y exquisita tarde parecía condenada a terminar en vergüenza.

¿Por qué no me di cuenta de esas marcas y no hice algo al respecto ayer?

No llores, por favor. No llores. No me importa y, de hecho, me hace desearte aún más.

“Lo siento...” balbuceó.

No lo sientas, Alison. Sé tú misma. Y cuando vuelva mañana por la tarde, ¿quizás puedas enseñarme tu dormitorio?

"¿Mañana?", exclamó. "¡No te he reservado para mañana!"

Mañana es mi día libre. Así que quiero volver aquí y terminar lo que empezamos. ¿Qué te parece mañana a la 1 p. m.? ¿Te parece bien?

Alison asintió y su sonrisa regresó.

¿Quiere volver ? ¿ Y sabe que uso pañales? ¿Sabe lo demás?

Alex fue a salir del dormitorio y justo antes de cerrar la puerta, dijo: «Ese vestido y esas bragas eran preciosos, Alison, pero mañana, ¿qué tal si te vistes *como* eres ? Sé usar pañales y espero que uses uno. Y aunque ese vestido era precioso, supongo que tienes otras prendas con las que te sientes más cómoda. ¿Qué tal si te las pones también?».

Y entonces la puerta se cerró tras él y pronto se fue. Se abrazó con fuerza.

Bueno, ¡parece que no estoy muerta! ¿Y quiere que use pañales?

Alison caminó medio aturdida hacia la "otra habitación" y abrió la puerta.

¿Es aquí donde quiere hacerme el amor mañana?

Miró la cuna grande y cara donde normalmente dormía, a salvo de las incomodidades del mundo adulto.

¿Cabrás en esta cuna? ¿Conmigo? ¿Me cogerá en mi cuna?

Deambuló lentamente por la habitación de su bebé, la única que conocía a la perfección. Tocó las pilas de pañales de tela blancos y las pilas de pantalones de plástico de una variedad de colores y estilos. Y luego abrió su cómoda y se quedó mirando el perchero de vestidos de bebé, todos comprados a un precio muy alto, que solía usar cuando estaba en casa.

¿De verdad quiere que use mi ropa de bebé la próxima vez? Pero ¿cómo podría alguien querer eso?

Capítulo dos

Fueron las 24 horas más largas de la historia, al menos para Alison. Desde que Alex la dejó en un estado de euforia postorgásmica y con la vagina cubierta de lo que para ella era una sustancia rara y maravillosa, contaba literalmente las horas hasta que se reencontraran con emoción y terror.

Ser una bebé adulta siempre había significado esconderse. Mantener su lado infantil alejado de los demás. Mantener a la gente *alejada* de ella. Eso la llevó a casarse con el primer hombre que parecía tolerante con su torpeza y su tendencia a... mojar la cama. No es que se hiciera pis muy a menudo. Era una vez al mes o incluso menos, pero seguía ahí y era casi predecible. Significaba una funda impermeable para el colchón. Y significaba que su deseo secreto de usar pañales nunca podría silenciarse porque en cuanto sentía que dominaba sus "deseos antinaturales", se mojaba la cama y todo se le venía encima.

Divorciarse fue doloroso e inevitable, pero el acuerdo la hizo independiente y también significó que pudo volver a usar pañales. La incontinencia urinaria que a veces la había atormentado regresó con más fuerza. Una vez al mes se convirtió en una vez a la semana, hasta que finalmente fue una vez por la noche y, a veces, más de una vez. Pero no le importó. Todo le parecía muy normal. Los pañales lo simplificaban todo.

Alison exploró su infancia con pasión y en solo dos años, su habitación infantil había pasado de ser una cama individual en el medio de la habitación con una sábana de plástico encima a la habitación infantil fabulosamente equipada que ahora tenía y en la que cualquier bebé adulto estaría encantado de vivir. Cambiador, cuna, muebles para bebé, juguetes para bebé e incluso un corralito llenaban su habitación favorita.

Alison usó cada vez más pañales de tela con alfileres y braguitas de plástico encima, hasta que se convirtió en su única ropa interior. A veces se ponía las bragas encima solo para asegurarse de que seguía siendo una adulta... más o menos. Pero sabía que en el fondo solo era una bebé, y aunque había una amplia selección de pañales desechables para bebés y adultos, los pañales con alfileres le recordaban su infancia y cuánto deseaba que nunca hubiera terminado. Pero, como a todos, terminó. Al menos por fuera.

Pero ahora esperaba, vestida de bebé, con sus pañales infantiles y sus braguitas de plástico, esperando algo muy *distinto* . Su yo interior era un bebé, sin duda, pero su bebé adulto aún ansiaba liberación e interacción sexual. Y ahora... todo podía volver a ocurrir.

Sonó el timbre y, al instante, Alison se miró en el espejo de cuerpo entero para asegurarse de que estaba vestida como Alex le había pedido. Sus pañales, sujetos con alfileres, estaban ajustados y sospechaba que ya estaban húmedos. Eso era una característica de los pañales: la dejaban incontinente y mojaba sin control. Sus bragas de plástico eran nuevas, con volantes, de un precioso rosa bebé, a juego con el vestido corto de bebé con volantes que llevaba. Llevaba la cabeza rodeada por un bonito gorro rosa de satén y encaje, y los pies calzaban patuquitos de lana rosa tejidos a mano. Y, por supuesto, llevaba un chupete rosa en la boca.

Me veo bien... ¡creo!

Alison abrió la puerta de entrada interior dejando la puerta de privacidad entre ella y Alex.

—Hola, Alison. ¿Estás lista para mí? —preguntó provocativamente desde detrás de la puerta.

El estómago de Alison se revolvió de asombro y ansiedad, y sintió que sus pañales se mojaban un poco más.

“Sí...” respondió nerviosa.

Ella rápidamente abrió la puerta de privacidad y dejó entrar a Alex.

Se veía encantador y olía aún mejor. Era embriagador.

—Eso te queda mejor, ¿verdad? —exclamó—. ¿Quizás más honesto?

Alison asintió.

"Y ahora ¿por qué no me muestras tu *verdadero* dormitorio?"

Alison caminó por el pasillo con Alex pisándole los talones.

"¡Esta es mi habitación!" dijo nerviosamente, casi tragándose las palabras, mientras entraban a su "lugar privado" personal.

¡Guau! —exclamó Alex—. ¡Esto es realmente hermoso, y seguro que lo pasas genial aquí!

—Sí. Intenté que fuera auténtico.

"¡Bueno, lo lograste!"

Alex se giró para mirar a Alison y la atrajo suavemente hacia sí.

"¿Vamos?", dijo con una amplia sonrisa. La pregunta era prometedora.

Sin esperar respuesta, tomó la mano de Alison, la condujo hasta el costado de su cuna y bajó con cuidado un lado.

"Vamos a prepararte para pasar el tiempo en tu cuna, ¿de acuerdo?"

El corazón de Alison latía rápidamente mientras él desataba con cuidado la cinta que sujetaba su gorro, lo sacaba lentamente y lo colocaba con cuidado sobre un extremo de la cuna.

"Ahora vamos a quitarnos este hermoso vestido de bebé".

Alex se colocó detrás de Alison y deshizo el gran lazo que sujetaba el vestido apretado alrededor de su cintura antes de levantar lenta y amorosamente el vestido de bebé por encima de su cabeza y doblarlo una vez antes de colgarlo una vez más en el extremo de su cuna.

"Estás preciosa, nena", susurró mientras la miraba, desnuda salvo por el pañal y los calzoncillos de plástico. No llevaba sostén. Era "demasiado joven" para eso, se había argumentado antes. "Ahora veamos qué pasa con estos calzoncillos de plástico".

Alison casi se desmaya de nervios y excitación. Era el momento de la verdad. Estaba mojada. Bastante mojada, de hecho. Era incapaz de estar seca con pañal. Y su excitación y ansiedad solo empeoraron las cosas.

¿Estará bien con esto?

Alex bajó lenta y cuidadosamente los pantalones de plástico con volantes sobre los pañales mojados, más allá de las rodillas, y Alison se los quitó lentamente. Ahora solo quedaba el pañal.

"Parece que alguien está bastante mojado", observó Alex.

"Lo siento", balbuceó.

Nunca te arrepientas de quién eres, Alison. Eres una bebé y siéntete orgullosa de ello. Pero antes de que me lo quite, deja que me desvista también.

Alison observó como Alex se quitaba los zapatos y la camisa antes de empezar a quitarse los pantalones.

De repente los ojos de Alison se abrieron de par en par por la sorpresa y el shock cuando vio lo que llevaba puesto.

"¡Llevas pañal!", exclamó. "No hacía falta..."

Alex sonrió. "Me los pongo cuando puedo. Ahora, ¿qué tal si te metemos en esta cuna tal como estás?"

“¿En mi pañal?”, balbuceó.

—En tu pañal *mojado*, nena. Las dos lo usamos. No nos escondamos.

Alex ayudó a Alison a entrar en su cuna, la acostó y luego entró usando solo su propio pañal.

—Tú también estás mojada —dijo Alison con voz ronca.

Alex volvió a sonreír. "¡Solo lo mejor para ti!"

Él le quitó el pañal mojado y lo abrió, revelando su tentadora vagina brillando con su propia orina.

Alex se bajó el pañal, liberando su pene completamente erecto. Pero lo mantuvo puesto, deslizándolo apenas hasta la mitad de sus muslos.

"Así es como se supone que debe ser", afirmó mientras se alineaba sobre el resbaladizo coño de Alison y entraba lentamente en ella.

El sexo fue rápido... y lento. Fue excitante y relajante. En muchos sentidos, se parecía a una relación sexual normal y, sin embargo... como dos adultos con pañales aún mojados, fue muy diferente.

Fue mágico.

Alison llegó primero y poco después, Alex vació su semilla en lo profundo de ella, el lugar que ambos sabían que pertenecía.

Se quedaron allí juntos, recuperando el aliento, y mientras él la sostenía, ella volvió a mojarse. Técnicamente, se mojó el pañal, pero sin bragas de plástico, las sábanas también se mojaron.

Alison sonrió. Fue perfecto.

Tres horas más tarde, mucho después de que Alison hubiera sido inmovilizada con pañales limpios en su cambiador, los dos que habían hablado sin parar se quedaron en silencio y, en el piso

alfombrado de la habitación de los niños, Alex jaló su pañal ahora mojado a un lado, bajó su propio pañal húmedo lo suficiente para liberar su pene y se deslizó cuidadosamente dentro de ella.

Los dos hicieron el amor sin siquiera quitarse los pañales y fue exquisito.

A las 9 pm, después de una comida que incluyó un biberón de fórmula para Alison junto con pizza para ambos, Alex se despidió, pero no sin antes hacerle sexo oral a la bebé en su cuna, dejándola sin aliento.

"¿Cuándo te volveré a ver?" preguntó Alison nerviosamente mientras abría la puerta principal.

¡Por favor, no permitamos que esto sea algo único!

"Tengo citas todas las mañanas y tardes esta semana", dijo.

*¡Quieres decir que te acuestas con dos mujeres todos los días!
¡Me da envidia! ¡Yo también lo quiero todos los días!*

Pero ninguna es como tú. Ninguna es niña, y tampoco puedo usar pañales con ellas. Y solo tú me tienes sin condón.

"Puedes venir aquí cuando quieras", respondió ella al instante, molesta porque su desesperación se hacía evidente.

"Hmm... ¿Qué tal si voy a las 9 am algunas mañanas y te visto y te doy de comer?"

"¿Lo harías?"

Alex sonrió. "No podré... hacerte el amor, pero sí podré ser un poco como un papá hasta mi día libre cuando... ¡ya sabes!"

Alison sin duda lo sabía. Era hábil con la polla y la lengua, pero lo más importante, la entendía y además usaba pañales.

"Te estaré esperando con pañales mojados y un pijama listo para que me vistas para el día".

"Hasta la próxima, bebé Alison".

Alex cerró la puerta principal y se fue rápidamente.

Pero él volvería.

Alison sonrió cuando su vejiga volvió a estallar en un torrente sorprendente hacia los pañales de tela y los pantalones de plástico sedientos que ahora usaba con orgullo.

¡Creo que tengo un papá!

***Si te gustó este libro, consulta el catálogo completo en
www.abdiscovery.com.au***